
El gato de arena

Hay un gato que es tan verdadero como los demás e igual a ellos en todo —es decir, zarpas, dientes, bigotes, rabo, la manera de andar, lamerse y desperezarse—, la única diferencia es la sustancia con que está hecho. Rara, tratándose de un gato.

Se lo puede ver solamente en el lugar donde nace: la orilla del mar.

Al gato lo hacen las personas, los chicos por lo general, mientras construyen castillos en la playa. Lo hacen sin proponérselo. Ellos cavan, apilan, humedecen, amasan y moldean la materia espesa de la arena, siempre pensando en sus castillos, hasta que sin darse cuenta le han dado forma a las distintas partes que

componen el gato. No lo notan todavía, pero el gato ya existe.

30 Cuando se cansaron de jugar y abandonaron las construcciones, algo que siempre ocurre al atardecer, el gato sale. Entonces se lo puede ver caminando por el borde del agua. Como ya tiene el color claro de la arena seca, se recorta bastante bien sobre el fondo más oscuro donde el mar moja.

Va y viene, sedoso, de una punta a otra de la playa, entre el espigón y las rocas, con la calma natural de los gatos.

Sería un error decir que se mimetiza con la arena. Él es arena, inorgánico y mineral. La gente lo ve andar, se mira entre sí, sonríe y se encoge de hombros. Es que no hay nada que hacer con el gato. Tranquilamente podrían acercarse y acariciarlo, pasarle la mano por el lomo desde la nuca a la cola —la cola que detiene la mano— y sentir los granitos de gato entre los dedos, pero por alguna razón no lo hacen. Lo dejan. Que vaya y venga a su gusto. No hay nada inquietante en el gato, ni siquiera para los chicos, que muchas veces ignoran que ellos mismos lo construyeron.

Nunca intenta atrapar gaviotas porque las gaviotas se defienden a picotazos y él es frágil. Si pudiera atraparlas se las comería. Otros pájaros no hay en la playa. A veces mordisquea cabezas de pescados siempre que estén lo bastante lejos del agua como para no correr el riesgo de mojarse. Evita el agua por la misma razón que todos los gatos: la detesta.

Pero además porque un revolcón en una ola sería fatal para él.

Mientras camina, pierde arena. De una manera tan imperceptible que es como si no ocurriera, pero ocurre. El viento cepilla el contorno del gato. Las partículas se van desprendiendo del pequeño edificio que es su cuerpo. ¿Cuándo empieza a notarse? Nunca. Eso es lo extraordinario. Sucede, pero nadie nota cuándo empieza a suceder, tampoco en qué momento está sucediendo. De pronto, el que lo mira descubre, entre un parpadeo y otro, que sus formas están más suavizadas, y nada más.

Cuando el sol se apoya sobre el hilo del horizonte, el gato y la arena se tiñen de anaranjado. Entonces aparece la rata.

Dícese de la rata: estúpido animal de color gris, vive en el roquedal que limita la playa, se alimenta con los restos de comida que los bañistas tiran entre las piedras.

El gato se lanza a perseguir a la rata. La rata escapa.

La gente los mira hacer. Hacen de gato y de rata respectivamente. Uno corre a la otra. Los dos corren como dementes por la playa, zigzaguean entre las sombrillas. En la carrera salpican arena. No es molestia.

Por fin la rata encuentra refugio entre las piedras. Se cuela por un agujero estrecho, inaccesible para el gato. El gato se echa frente a la entrada. Monta guardia.

La carrera lo erosionó severamente. Las patas son más cortas, el perfil del morro más vago, el

vértice agudo de las orejas desapareció, ahora son casi redondas como de ratón. Es un gato menguado, alisado por la breve intemperie que le tocó vivir.

32

Mientras acecha, adopta el perfil desvaído de los felinos de piedra que vigilan las puertas de los templos antiguos. El viento se ocupará de limarlo todavía más. En pocos minutos podrá atravesar el agujero pero no lo hará porque también su fuerza habrá disminuido. Y junto con su fuerza, su convicción: ya no está tan seguro de querer atrapar a la rata. El estado de alerta declina hacia la somnolencia. A esta altura tiene el alma de un gato perezoso: deja las cosas para después, cuando todo le resulte más difícil.

El gato va siendo un suceso cada vez más insignificante en el suelo de la playa. Las orejas se transformaron en dos minúsculas colinas roídas, el lomo se desmoronó en parte, el hocico se hizo migas, la cola es un pliegue incidental en el movimiento constante de la arena.

Aun así, la rata no saldrá de la cueva.

Su terror por el gato, por lo que queda del gato, no disminuyó, está intacto. No puede saber si eso que está a la entrada de la cueva es un frunce del terreno o todavía es parte de su enemigo. No está segura de que esa arruga en la corteza de la playa no sea, todavía, capaz de comérsela.